

Podemos y
debemos
cuestionar a los
«expertos» que
orientan las políticas
gubernamentales, sean
las que sean

Jean Paul Sarrazin¹

¹ Doctor en Sociología. Magíster en Migraciones y Relaciones Interétnicas. Antropólogo con opción en Filosofía. Profesor asociado. Departamento de Sociología. Universidad de Antioquia. Correo electrónico: jean.sarrazin@udea.edu.co

En este artículo se realiza una comparación de dos tipos de políticas aparentemente disímiles e implementadas en Colombia: las políticas sanitarias impuestas a partir de 2020 y un cierto tipo de políticas ambientales que el gobierno del presidente Gustavo Petro está realizando y pretende profundizar en el futuro. Se problematiza que ambas dicen basarse en «la ciencia» o «los expertos», que surgen de recomendaciones del Norte global e implican «ayudas condicionadas» del sistema financiero internacional.

Palabras clave: políticas ambientales, políticas ambientalistas, ciencia, estigmatización, diversidad epistémica.

El pasado 22 de junio, el presidente Gustavo Petro estaba en París en la Cumbre para un Nuevo Pacto Financiero Mundial convocada por el presidente de Francia Emmanuel Macron. Según el propio sitio de la Presidencia de la República, se busca el “intercambio de deuda externa por acción climática» («Presidente Petro participará en Cumbre de París», s. f.). Allí se encontraban también integrantes del Foro Económico Mundial y representantes de la banca internacional, incluidos el Banco Mundial –BM– y el Fondo Monetario Internacional –FMI–.

Según dicen diferentes autoridades mundiales, la «transición energética» requerirá «un gran esfuerzo» para las sociedades. No sabemos con precisión en qué consistirá ese «esfuerzo» para los ciudadanos del común en Colombia, pero es evidente que habrá cambios importantes, que estos están relacionados con el sistema financiero internacional y que se sumarán a los «esfuerzos» que ya se hacen para reducir la «huella de carbono» de los países. Desde ya, por ejemplo, innumerables empresas tienen que invertir una cierta cantidad de sus recursos para «compensar» por el carbono que producen, y los gobiernos nacionales tienen que demostrar ante la Organización de las Naciones Unidas –ONU– que están haciendo esfuerzos para que las sociedades reduzcan su «huella».

Todo ello sería necesario de acuerdo con un discurso oficial que se puede resumir así: el planeta se está calentando y ello generará grandes desastres climáticos que afectarán negativamente a la humanidad, arriesgando incluso su supervivencia. El calentamiento global es producto del aumento de gases de efecto invernadero como el CO₂, y ese aumento se debe a la actividad humana. En consecuencia, debemos reducir nuestra producción de CO₂ y, para ello, implementar importantes cambios.

Este discurso se reproduce cada vez más en medios de comunicación, en el sector educativo, en las instituciones estatales, en las empresas, etc. Grandes cantidades de recursos se destinan a esta labor de difusión. Cabe notar que tanta atención y tantos «esfuerzos» son promovidos y financiados por actores poderosos a nivel planetario, por ejemplo, la ONU, el BM, el FMI, el Foro Económico Mundial y diferentes fundaciones «filantrópicas» de algunos de los individuos o grupos más adinerados del mundo, es decir, destacados jugadores del sistema capitalista que generalmente buscan algo a cambio de sus inversiones (McGoey, 2015). Así, se puede intuir que las políticas ambientalistas *ligadas a este discurso*,² que ahora se articulan al sistema financiero global y a la deuda pública, pueden tener consecuencias para nuestras

² Es un grave error creer que todo tipo de ambientalismo está de acuerdo con este discurso. Las acciones para reducir la contaminación del aire, de los ríos o los océanos, o la búsqueda de fuentes de energía alternativas al petróleo, son acciones que se pueden justificar (como personalmente las justifico) sin apelar en absoluto a tal discurso.

sociedades, consecuencias que irían mucho más allá de la reducción de gases en la atmósfera.

Los expertos, la ciencia y la política

El discurso referido arriba proviene de «expertos». Alguien podría replicar que esto no es un «discurso», sino una realidad que «los expertos» o «la ciencia» nos está mostrando. Pero acá es necesario recordar algo que las ciencias humanas, a través de autores como Michel Foucault (1979, 2001), Pierre Bourdieu (1975) o Bruno Latour y Steve Woolgar (1995), han demostrado: toda verdad científica es siempre una construcción social y lingüística, una afirmación que se hace a través de signos, frecuentemente palabras, pero también números. Las verdades de la ciencia, los «hechos» que describen los expertos no son «la realidad allá afuera», no pueden serlo, puesto que son signos producido por humanos inmersos en relaciones sociales y de poder.³

No confundir la realidad (la naturaleza, la atmósfera, en el caso de la climatología) con los discursos de ciertos grupos de expertos o científicos es un acto de pensamiento crítico con consecuencias políticas importantes. Ello se debe a que vivimos en un momento en que las políticas, aparentemente, son definidas por aquellos expertos. Los dirigentes políticos dicen estar «siguiendo a los expertos», «siguiendo a la ciencia». Esta es una característica que se ha reforzado con el neoliberalismo, el cual, dicho sea de paso, también pretende justificarse a través de «la ciencia» (Peet, 2009). De esta manera, las decisiones políticas adquieren legitimidad frente al público, e incluso se hacen inmunes a toda crítica, a todo debate político.

Los expertos y científicos, aparentemente, estarían todos de acuerdo con ese discurso oficial altamente mediatizado. En consecuencia, los gobiernos, «guiados por la ciencia», implementarán una serie de cambios importantes, políticas que se presentan como prioritarias e indiscutibles; por más traumáticas que sean, por más efectos adversos que generen, tendrán que ser aceptadas sin ninguna oposición. Llegamos a un punto clave y problemático: habría políticas que no pueden ser cuestionadas ni debatidas como ocurre o debería ocurrir en toda democracia. Se presentan como «la ciencia» y «la realidad», y quien se oponga se arriesga a ser tildado y estigmatizado como un «anticiencia», un «negacionista», un «irracional»; en consecuencia, no será reconocido como un verdadero adversario en el debate político, un debate que supuestamente solo se debe dar entre «racionales».

El anterior fenómeno ha sido problematizado magistralmente por

³ Para profundizar al respecto véase Sarrazin (2023).

la politóloga Chantal Mouffe (2007). En clara oposición a John Rawls y a Jürgen Habermas, Mouffe argumenta que las discusiones políticas no pueden excluir a ciertos actores simplemente porque se les considera como «irracionales». Esto significaría el fin del debate realmente político y «agonístico», donde se enfrentan puntos de vista realmente *diferentes*. Byung-Chul Han (2022) añade en este sentido que «los dataistas imaginan una sociedad que puede prescindir por completo de la política» (p. 63). Actualmente, esa exclusión de la diversidad epistémica operaría al pretender que todas las personas con derecho a participar en la construcción de las políticas de más grande calado deben aceptar una «realidad», unas cifras, unas interpretaciones y, de manera más relevante pero también más problemática, una serie de predicciones para el futuro.

Y no estamos hablando de la inclusión en el debate político de opiniones religiosas. Nos referimos a la inclusión en el debate de voces *científicas* que no están de acuerdo con el discurso oficial, con sus cifras, sus interpretaciones y sus predicciones. Esas voces científicas existen, aunque sean muy poco conocidas por parte del público e incluso en la academia. Algunos especialistas afirman categóricamente que no hay suficiente evidencia para probar las suposiciones del discurso. Por ejemplo, sostienen que no hay evidencia probatoria, desde el punto de vista científico, de que el calentamiento global se deba al aumento del CO₂ o, incluso, a la actividad humana. Señalan que la Tierra ha tenido variaciones mucho más pronunciadas de su temperatura a lo largo de su historia, con o sin humanos en ella. Otros consideran que las consecuencias del calentamiento global no serán las previstas por los modelos. No entraré en más detalles ya que no soy especialista en la materia y no tengo los conocimientos necesarios en climatología y calentamiento global, como para afirmar o negar la validez del discurso oficial. Así mismo, considero que otra persona que carece de dichos conocimientos muy especializados (la inmensa mayoría de nosotros) tampoco puede pretender *saber* que el discurso es cierto y que las políticas que se desprenden de él son las más convenientes para la humanidad.

Lo que sí puedo notar desde las ciencias sociales y, más generalmente, como investigador, es que hay un debate en torno al tema y que ese debate está siendo invisibilizado al estigmatizar a una parte de los participantes. No es cierto, entonces, que haya un consenso universal y absoluto respecto al discurso. Esa «ciencia» unificada, esa supuesta «comunidad científica» totalmente consensual y monolítica que sustentaría las políticas en cuestión, es una figura completamente ficticia conveniente para los políticos.

También puedo afirmar, como ya se dijo, que «la ciencia» no es «la

realidad», sino que es un espacio para la controversia, el debate, la crítica. Una actitud científica no es la que *crea* en ciertas afirmaciones porque son llamadas «científicas»; como científicos/as debemos dudar de todas las afirmaciones, cuestionar, especialmente, las afirmaciones de otros miembros de la comunidad científica. La duda metódica, el escepticismo no solo son permitidos, sino que son una obligación para nosotros, y más aún para quienes dicen tener «pensamiento crítico». Por eso, permitámonos dudar del discurso oficial sobre el ambiente. Ni negarlo ni afirmarlo, sino cuestionarlo. Reconozcamos, además, nuestra ignorancia respecto a una cuestión tan compleja. Reconocer la ignorancia es también lo propio de los científicos.

Algunas similitudes con respecto a las políticas sanitarias

En 2020, así como ocurre actualmente, una serie de políticas fueron implementadas por la mayoría de los gobiernos nacionales y fueron promovidas por organizaciones de gobernanza supranacional. Se trató de las llamadas «políticas sanitarias», dentro de las cuales destacaremos la más draconiana de todas, el confinamiento generalizado de la población. A pesar de que afectaría negativamente a la mayor parte de la población mundial, y que se estableció en medio de una gran incertidumbre respecto a un virus desconocido, la mayor parte de nosotros asumimos entonces que era necesaria y cuidadosamente pensada. Hoy sabemos que, ante la ausencia de certezas, todas las decisiones se basaron en modelos matemáticos que anticipaban una catástrofe sin precedentes; notablemente los modelos del equipo de Neil Ferguson (2020), auspiciado por la Organización Mundial de la Salud –OMS– y el Imperial College de Londres. Sin embargo, científicos «disidentes» que recibieron muy poca atención mediática a pesar de tener sobresalientes credenciales, entre ellos Martin Kulldorff,⁴ Sunetra Gupta⁵ y Jay Bhattachary,⁶ cuestionaron la conveniencia de la medida, mientras que otros como John Ioannidis⁷ o Didier Raoult⁸ objetaron, de manera más fundamental, las cifras oficiales y las predicciones de los modelos matemáticos a partir de las cuales se tomaron las decisiones políticas. A la postre, miles de científicos se han

⁴ Epidemiólogo y bioestadístico, especializado en enfermedades infecciosas, profesor en la Escuela de Medicina de la Universidad de Harvard.

⁵ Epidemióloga, especialista en enfermedades infecciosas, profesora e investigadora de la Universidad de Oxford

⁶ Doctor en medicina y profesor de salud pública en la Facultad de Medicina de la Universidad de Stanford.

⁷ Profesor e investigador de medicina, epidemiología, salud poblacional, y estadística biomédica del Departamento de Medicina de la Universidad de Stanford.

⁸ Director del Instituto Hospitalo-Universitario de Marseilla, microbiólogo y profesor de medicina en diferentes universidades.

adherido a este tipo de críticas y cuestionamientos⁹. Las predicciones de los mentados modelos nunca se cumplieron. Algunos dirán que, si ello no ocurrió, fue gracias a los confinamientos, recomendados también por el equipo de Ferguson. Nunca sabremos qué habría ocurrido sin la implementación de esta medida, pero sabemos que ni Suecia ni Nicaragua la implementaron y, sin embargo, la epidemia no fue más devastadora allí que en otros países, incluso muy similares a Suecia, como Noruega, Bélgica o Reino Unido. Por demás, tristemente sí pudimos constatar los devastadores efectos de los confinamientos que recomendaron los «expertos». Los más mencionados fueron los efectos sobre la economía, que son efectos sobre la vida humana. No se trataba, como pretendieron muchos políticos, de escoger entre la vida y la economía. Resulta que cuando la gente se empobrece empeoran sus condiciones de vida, se enferma más y tiene más probabilidades de morir por diferentes causas. Los efectos del empobrecimiento causado por el confinamiento comenzaron a ser muy evidentes unos meses después de iniciada la medida, y se siguen viendo ahora y probablemente se seguirán viendo por un tiempo. Pero no solo hablemos de la miseria y las desigualdades que han aumentado de manera significativa desde 2020. Hay otros tipos de efectos igualmente lamentables: deterioro de la salud mental, baja calidad de la educación, aumento de suicidios, debilitamiento de vínculos sociales, violación de derechos fundamentales y constitucionales, etc.

Los «expertos» solo pensaron en limitar el contagio de un virus. Ejemplo perfecto de lo que Marcuse (2009) llamó el “hombre unidimensional». En el caso actual, una visión exclusivamente sanitarista, centrada en un solo patógeno. Ferguson y su equipo lo reconocían: no se consideró ningún posible efecto social de la medida (Ferguson *et al.*, 2020, p. 2). Sofisticados modelos, sí, desarrollados con la más alta tecnología, quizás, pero que tomaban solo algunos de los aspectos de la vida humana y se basaban en datos cuya fiabilidad ha sido puesta en duda.

Una recomendación en salud pública, como cualquier otra recomendación médica, debe siempre ser el resultado de sopesar los beneficios versus los efectos adversos. Sin embargo, no había ningún estudio científico, ni pasado ni presente, que pudiera demostrar de manera científica (al menos con un mínimo de confiabilidad) los efectos adversos de los confinamientos. Creer que se trató de una «recomendación científica» es simplemente equivocado. Creer que fueron benéficos para nuestra salud es un acto de fe y es tener una visión muy limitada de la salud humana.

⁹ Véase, por ejemplo, la Great Barrington Declaration: <https://gbdeclaration.org/>.

Peor aun fue haber tomado la recomendación de los «expertos» del Norte como una receta válida para todos los países del mundo. Quizás Dinamarca o Noruega podían implementar algo similar sin consecuencias demasiado desastrosas para sus sociedades; pero tomar la «recomendación» al pie de la letra y aplicarla en países como Colombia es un hecho mucho más temerario y aun menos científico. Era posible, a comienzos de 2020, imaginar los efectos devastadores en nuestra sociedad, especialmente entre los sectores populares que no podían simplemente pasar al «teletrabajo», como muchos de los intelectuales que apoyaron la medida. La mayor ironía del caso es que el gobierno del entonces presidente Iván Duque implementó uno de los confinamientos más restrictivos del mundo, es decir, más restrictivos que Noruega, Dinamarca o Francia. Como en tiempos de la colonia, fuimos más papistas que el papa.

Paradójicamente, quienes cuestionaron una política sanitaria que no podía estar basada meramente en la ciencia fueron tildados de ser «anticiencia» y, en muchos casos, «de derecha». La discusión aparentemente científica se politizó completamente y con ello dejó de ser científica. Desde que Donald Trump¹⁰ y Jair Bolsonaro expresaron dudas sobre la medida, muchos intelectuales (autodefinidos como «liberales» o «de izquierda») se movilizaron para apoyarla. Así, cuestionar unas políticas del gobierno (como es nuestro derecho y nuestro deber democrático) se convirtió en algo «de derecha» (incluso «fascista»). En contraparte, quienes apoyaron las decisiones políticas se autodefinieron como personas «de ciencia», «racionales», y más «socialmente comprometidas», que pensaban más en «la salud de todos» que en la economía. Estaban a favor de una medida de control estatal que se impuso sobre los intereses de empresarios y capitalistas y todos aquellos supuestos «derechistas» que solo pensaban en el dinero. Parecía entonces, desde ese punto de vista, que «por fin» el neoliberalismo estaba siendo obligado a recular gracias a la acción del Estado. Pero las cosas no son tan simples.

Un par de puntos sobre el neoliberalismo

Una equivocada comprensión del neoliberalismo se observa frecuentemente en medios intelectuales. Se cree que el neoliberalismo busca que el Estado se acabe y que todo quede en manos del libre mercado capitalista. Así, se ve con buenos ojos que durante una crisis como la pandemia el Estado retome algo de control y limite un poco las actividades lucrativas de los empresarios. Sin embargo, en 2020

¹⁰ Trump, una vez lo implementó, pretendió sacar provecho político de ello y pretendió que gracias a su decisión se habían salvado millones de vidas: afirmación acientífica, ya que no ha sido probada científicamente.

Una recomendación en salud pública, como cualquier otra recomendación médica, debe siempre ser el resultado de sopesar los beneficios versus los efectos adversos.

los más afectados con la decisión gubernamental fueron los pequeños empresarios, como los que administran una tienda de barrio, una panadería, una peluquería o incluso una venta ambulante.

Pero, de manera más profunda, se ignora que el neoliberalismo no quiere acabar con el Estado. Muy por el contrario, el neoliberalismo quiere un Estado fuerte, incluso capaz de autoritarismo, de manera que le sirva como instrumento para

obtener más riqueza y poder. Ello se debe a que, como dicen Bichler y Nitzan (2021), los grandes capitales que invierten en las empresas se entrometen cada vez más en los asuntos de gobierno, de manera que a veces es imposible trazar una línea que los distinga uno del otro. El Estado, como lo demuestra Wendy Brown (2015, p. 29), se alía cada vez más fuertemente al capital financiero. Según Raschke (2019 p. 26), la transición del liberalismo del siglo XIX al neoliberalismo del siglo XXI no es otra cosa que pasar de querer gobernar lo menos posible a querer gobernarlo todo. Es decir, la gran diferencia con respecto a siglos pasados es que el capitalismo ya no se ve limitado por las normas estatales, sino que utiliza a los Estados para alcanzar sus fines más eficientemente. El neoliberalismo es un sistema que prefiere un Estado fuerte porque se apoya en las intervenciones de este último para favorecer al Capital Global. Utiliza, por ejemplo, la fuerza policial represiva contra las clases obreras, y recurre a dineros de los contribuyentes para favorecer a los inversionistas de los grandes bancos locales.

Esto último es justamente lo que vimos en 2008, cuando una crisis financiera que, aunque fue causada por elementos del sector financiero del Norte Global, afectó negativamente al mundo entero. En medio de dicha crisis se posesionó como presidente de Estados Unidos Barack Obama, supuestamente de izquierda, y la manera en que pretendió resolver el problema fue usando ingentes sumas de dinero estatal para salvar a los grandes bancos y grupos financieros. Por otro lado, los accionistas de las grandes empresas, gracias a sus estrechos vínculos con la burocracia estatal, saben bien cómo aprovechar esos momentos. Así lo ha reportado Naomi Klein (2008), quien concluye que las crisis proporcionan una vía para que las élites aumenten su poder y su riqueza. Algo así ocurrió durante la crisis pandémica. A principios

de 2020, las perspectivas económicas eran sombrías porque ya se perfilaba la idea de que los Estados decretarían nocivos confinamientos. Las bolsas cayeron estrepitosamente y muchas empresas entraron en quiebra. Cualquiera pensaría que el capitalismo había recibido un golpe mortal. Pero no. ¿Cómo se «solucionó» la crisis? Con enormes inyecciones de dinero por parte del Estado y ayudas a las empresas, especialmente las más grandes. Por otro lado, no se puede ignorar que la crisis fue particularmente benéfica, primero que todo, para las empresas de mayor valorización del mundo: Google, Apple, Microsoft, Amazon, etc. Por supuesto, también hay que tener en cuenta los enormes negocios que se firmaron entre los Estados y las empresas del «sector salud», todas ellas transnacionales. Las bolsas de valores comenzaron a subir espectacularmente justamente a finales de marzo de 2020, momento en que comenzó el primer confinamiento.

No se puede suponer, entonces, que toda intervención del Estado en la economía es contraria a los intereses de las grandes empresas o del capital financiero global. Por eso, avalar políticas que aparentemente se hacen «por la gente», «por la salud» o «por el medioambiente» no es sinónimo de actuar en contra del capitalismo.

Conclusión

La crítica de ciertas políticas estatales, como las sanitarias y las ambientales a las que hemos hecho referencia acá, no puede ser propiedad de un partido o una ideología política. El hecho de ser «de izquierda» no nos obliga a avalar ciertas políticas, y criticarlas no nos hace «de derecha». Semejante maniqueísmo simplista no puede seguir guiando nuestras acciones en la academia. Tampoco podemos seguir pretendiendo que nuestro aval de ciertas políticas se debe a que estas son «verdades científicas». Se trata de problemas excesivamente complejos como para pretender que tenemos la verdad absoluta y definitiva sobre ellos. Por otro lado, debemos reconocer que los «expertos» pueden estar influenciados por los intereses del capital, el cual, como ya vimos, penetra cada vez más profundamente tanto en los gobiernos (incluyendo los «de izquierda») como la academia.

El caso de los confinamientos debería constituir una lección. Desafortunadamente, cada vez más personas están olvidando ese suceso histórico. Dicen que hay que «pasar la página», pero de eso no se trata la memoria histórica ni la investigación en ciencias sociales. Los confinamientos recomendados por los «expertos» nos hicieron demasiado daño como para olvidarlos; esperamos aprender del caso para no repetirlo. La implementación de ciertas políticas ambientalistas —definidas también desde el Norte global— podría tener consecuencias negativas para la población, especialmente la más desfavorecida.

Y es que los parecidos entre las políticas sanitarias y las políticas ambientalistas referidas arriba son llamativos. Ambas se basan en modelos matemáticos de proyección producidos en el Norte global y cuyos resultados son cuestionables y cuestionados. Ambas dicen basarse en «la ciencia» o «la comunidad académica», ignorando los debates intrínsecos a las comunidades científicas reales. Ambas implican un poder político enorme por cuanto pretenden influir en el comportamiento de billones de personas e implican enormes transferencias de recursos. Ambas pretenden deshacerse de sus contrarios (oposición política o científica) llamándolos «negacionistas» o «anticiencia», por lo que ambas han instaurado potentes estrategias de control de la información en Internet, de manera que no se difundan problemáticas polémicas. En ambos casos se pretende solucionar las «crisis» mediante la intervención de nuevas tecnologías, lo que significa la participación de grandes empresas y, por lo tanto, grandes capitales, todos ellos transnacionales y, generalmente, con sede en el Norte global. Para implementar los cambios, en ambos casos los gobiernos nacionales requerirán «ayudas» financieras que también provienen del Norte global y que son, como tantas otras ayudas financieras, *condicionadas*. En ambos casos, multibillonarias fundaciones «filantrópicas» las promueven, como si los ambiciosos y extremadamente ricos hombres que las fundaron de repente hubieran adquirido una «conciencia social» y «ambiental». Ambas políticas son también promovidas por la ONU, el BM y el FMI, organizaciones que están permeadas por los intereses del capitalismo. En ambos casos, si los países no las acatan, serán sancionados por esas mismas organizaciones. Ambas contribuyen a solidificar formas de gobernanza globalista que buscan imponer sus mandatos por encima de los procedimientos locales y tradicionales.

Es importante considerar estos puntos antes de avalar completamente y sin ningún cuestionamiento futuras medidas políticas que, como las ambientalistas descritas arriba, pueden parecer benévolas en principio, pero también pueden afectar a millones de personas, particularmente a los sectores más vulnerables de la población mundial. Consideremos que las políticas buscan siempre legitimarse mediante discursos que parecen convincentes y de «sentido común», pero las consecuencias de ciertas medidas concretas pueden ser negativas a mediano y a largo plazo. No pretendamos que ya conocemos todo lo que es necesario conocer sobre fenómenos tan complejos como el clima en veinte o cincuenta años, ni que estar de acuerdo con los «expertos» es sinónimo de tener «conciencia social», ser «racional» o ser «científico».

Referencias

- Bichler, S. y Nitzan, J. (2021). Dominant capital and the government. *Real-World Economics Review Blog*. <https://rwer.wordpress.com/2021/10/05/dominant-capital-and-the-government/>.
- Bourdieu, P. (1975). The specificity of the scientific field and the social conditions of the progress of reason. *Social Science Information*, 14(6), 19-47. doi: <https://doi.org/10.1177/053901847501400602>.
- Brown, W. (2015). *Undoing the demos: Neoliberalism's stealth revolution*. Zone Books.
- Ferguson, N., Laydon, D., Nedjati-Gilani, G., Imai, N., Ainslie, K., Bague-lin, M., Bhatia, S., Boonyasiri, A. et al. (2020). Impact of non-pharmaceutical interventions (NPIs) to reduce covid-19 mortality and healthcare demand. *Imperial College Response Team. Report 9* (16-03-2020). <https://doi.org/10.25561/77482>.
- Foucault, M. (1979). *La arqueología del saber*. Siglo XXI.
- Foucault, M. (2001). *El nacimiento de la clínica. Una arqueología de la mirada médica*. Siglo XXI.
- Han, B-C. (2022). *Infocracia. La digitalización y la crisis de la democracia*. Penguin Random House.
- Klein, N. (2008). *The shock doctrine*. Metropolitan Books.
- Latour, B. y Woolgar, S. (1995). *La vida de laboratorio. La construcción social de los hechos científicos*. Alianza Editorial.
- Marcuse, H. (2009). *El hombre unidimensional*. Ariel.
- McGoey, L. (2015). *No such thing as a free gift: The gates foundation and the price of philanthropy*. Verso Publication.
- Mouffe, C. (2007). *En torno a lo político*. Fondo de Cultura Económica.
- Peet, R. (2009). *The unholy trinity. The IMF, World Bank and WTO*. Zed Books.
- Presidente Petro participará en Cumbre de París sobre financiamiento de países más vulnerables frente a la crisis climática (s. f.). <https://petro.presidencia.gov.co/prensa/Paginas/Presidente-Petro-participara-en-Cumbre-de-Paris-sobre-financiamiento-de-paises-mas-vulnerables-frente-a-crisis-230620.aspx>.
- Raschke, C. (2019). *Neoliberalism and political theology. From Kant to identity politics*. Edinburgh University Press.
- Sarrazin, J. P. (2023). El gobierno de la ciencia. Reflexiones desde la teoría social sobre las políticas sanitarias durante la pandemia de covid-19. *Revista Colombiana de Sociología*, 46(1), 117-138. <https://doi.org/10.15446/rsc.v46n1.101386>.